

MITOS COSMOGÓNICOS y CIENCIA FICCIÓN

Miquel Barceló

Nuestra adscripción cultural como pueblos occidentales nos ha familiarizado con algunos de los mitos cosmogónicos antiguos: la creación de la nada en los siete días que narra el Génesis, la obsoleta idea de una Tierra plana centro del universo, etc. Pero no son los únicos mitos cosmogónicos que ha elaborado el ser humano en su preocupación por entender el universo.

A menudo, la ingenuidad de los mitos cosmogónicos y cosmológicos de otras culturas sorprende nuestro raciocinio con la misma fuerza con que las peregrinas ideas imaginadas por nuestros antepasados han de haber sorprendido a personas educadas en otras culturas.

En Babilonia, por ejemplo, se creía que el centro de la Tierra era una montaña hueca soportada en un océano, y que la bóveda celeste era sólida, descansaba en ese mismo océano y separaba las aguas (lo que también forma parte del mito del Génesis hebreo) en aguas inferiores y superiores explicando, en cierta forma, la posibilidad de la lluvia. Es fácil reconocer en este modelo algunos aspectos que han formado también parte de la cosmología mítica de nuestra cultura greco-romana en cierta forma relacionada con la vieja Babilonia.

Pero, en otros países más lejanos, las explicaciones son distintas. Para el budismo, por dar un último ejemplo, como todo se debe a sus causas y no existe un substrato permanente de la existencia en sí, no se acepta la existencia de un divino creador. El universo es algo no-creado, sin principio ni fin, y en el cual el origen, la duración, la destrucción y la aniquilación se suceden en un cambio cíclico y recurrente. Existen diversos planos o esferas de la existencia: la inmaterial para los espíritus puros, la material donde moran los seres etéreos y el plano del deseo que se corresponde con el mundo natural que percibimos, formado por tierra, agua, calor y viento (a los que se añadió, en posteriores elaboraciones, el espacio y la inteligencia).

Hay muchos ejemplos posibles de esa elaboración mítica sobre el origen y estructura del universo, y no corresponde aquí mayor detalle que constatar el hecho evidente de que, durante gran parte de la historia de las culturas humanas, las explicaciones cosmogónicas y cosmológicas pertenecen al ambiguo ámbito del mito, de las creaciones imaginadas en función de unas necesidades psicológico-sociales y no surgidas en razón de los mecanismos de la ciencia a los que hoy, tras unos pocos siglos de éxitos, estamos tan acostumbrados.

Hay que ser, por lo tanto, conscientes de que la profundización actual del conocimiento sobre el universo es, como muchos de los rasgos que conforman nuestro presente, algo francamente reciente en la historia de la humanidad. Precisamente por ello, debe enfrentarse a menudo a la rémora de siglos y siglos de creencias míticas injustificables y, lo que es peor, indemostrables, a las que debería poder desbancar.

Afortunadamente, los éxitos materiales que la ciencia y la técnica parecen haber obtenido en los últimos siglos, ofrecen un punto de apoyo posible para una nueva confianza con la que aceptar los nuevos y sorprendentes hechos que la humanidad va descubriendo. Lo cierto es que algunos de los viejos mitos cosmogónicos y cosmológicos, como los anteriormente citados, parecen hoy día casi temas más propios de la ciencia ficción.

Ejemplos hay muchos.

Recuerdo todavía, de las muchas novelas presentadas al *Premio UPC de ciencia ficción de 1994*, una que, al no ser premiada, posiblemente siga inédita. Se titulaba *The Alice encounter* y narraba como una especie alienígena intenta descubrir qué ocurre con la "materia extraña" que no logran detectar y que, según sus cálculos, imaginan ha de constituir el 10% del universo. El lector enterado descubriría así que se trata de seres que forman parte de la que nosotros llamamos "materia oscura" y que, según creemos saber, viene a representar el 90% del universo. Curiosa debe ser la cosmogonía de unos seres formados exclusivamente por esa elusiva "materia oscura". Como curiosos son los entes también de materia oscura y forma esférica que intervienen en la novela *Starplex* (1996) de Robert J. Sawyer que, aunque con más de diez años de retraso, sí ha acabado apareciendo hace poco en el mercado español.